









# Amor

NEFELIBATA





Hanne Ørstavik

# Amor

Traducción de Lotte K. Tollefsen



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2018

Esta traducción ha recibido una subvención de Norla,  
Norwegian Literature Abroad.



Título original: *Kjærlighet*

© 1997, Hanne Ørstavik

© 2018, de la traducción: Lotte K. Tollefsen

© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-17128-22-7

Código IBIC: FA

DL B 16515-2017

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*



*Cuando sea vieja nos marcharemos en tren. Tan lejos como podamos. Contemplar montañas, ciudades y mares por la ventanilla, hablar con gente de países desconocidos. Estar juntos todo el tiempo. Nunca llegar a ningún lugar.*

Caen tres libros por semana, con frecuencia cuatro, cinco. Si pudiera leería todo el tiempo, tapada con el edredón, con un café, muchos cigarrillos y un camisón calentito. Podría deshacerse de la tele, si nunca la veo, piensa, pero no puede ser por Jon.

Se aparta para dejar paso a una anciana que camina tambaleándose, tirando de un carrito gris sobre la carretera helada. Está oscuro, es la nieve amontonada junto a la carretera que da sombra, piensa Vibeke. Entonces se da cuenta de que ha olvidado encender los faros delanteros y

ha recorrido casi todo el trayecto hasta casa con el coche sin luces. Las enciende.

Jon intenta no parpadear. No lo consigue. Es por los músculos alrededor de los ojos que se le contraen. Está de rodillas en la cama, mirando por la ventana. El silencio es total. Está esperando a que Vibeke vuelva a casa. Intenta mantener los ojos abiertos, inmóviles, observa fijamente el mismo punto al otro lado del cristal. Hay por lo menos un metro de nieve. En la tierra, bajo la nieve, viven ratones. Tienen pasadizos y túneles. Se visitan, piensa Jon, a lo mejor se llevan comida los unos a los otros.

El ruido del coche. Cuando está esperando que llegue no es capaz de reproducirlo mentalmente. Lo he olvidado, piensa. Pero luego vuelve, a menudo cuando interrumpe la espera y ya no está pensando en ello. Ella llega y él reconoce el sonido, lo oye con la tripa, su tripa se acuerda, no soy yo, piensa. Nada más oír el coche lo ve por un ángulo de la ventana; su coche azul asoma por la curva, entre la nieve amontonada junto a la carretera. Gira el volante al llegar a la casa y sube por la cuestecilla hasta la entrada.

El motor suena con fuerza, llena la habitación hasta que lo apaga. La oye cerrar la portezuela del coche antes de que se abra la puerta de la calle, cuenta los segundos hasta que se vuelve a cerrar.

Los mismos ruidos todos los días.

Vibeke empuja las bolsas de la compra hacia el

recibidor y se agacha para desabrocharse los cordones de las botas. Tiene las manos hinchadas por el frío, la calefacción del coche se ha estropeado. La semana pasada llevó a una compañera que se encontró en el supermercado. Le comentó que conocía a alguien que podía arreglarlo a buen precio. Vibeke sonrío al pensarlo. No tiene mucho dinero y ninguna intención de gastarlo en el coche. Se da por satisfecha con que se mueva.

Coge el correo de la mesita debajo del espejo. Siente los hombros un poco rígidos, lo justo después de un día ajetreado. Se queda un rato haciendo rotar los hombros y estirando el cuello, luego echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un suspiro.

Se está quitando el abrigo, piensa él: la imagina en el recibidor, frente al espejo, colgando el abrigo en el perchero mientras se contempla. Seguro que está cansada, piensa. Abre una caja de cerillas y saca dos. Se pone una cerilla en la cuenca de cada ojo para mantener los párpados en su sitio y no parpadear. Se te pasará cuando crezcas, le dice Vibeke cuando está de buen humor. Las cerillas son como palos gruesos, es difícil ver así. Piensa en el tren de juguete, no lo puede evitar. Piense en lo que piense, un tren recorre sus pensamientos, oscila por la curva haciendo sonar el silbato y pasa a toda velocidad. Tal vez pueda darle un masaje en la cara, piensa, masajearle la frente, las mejillas. Lo han aprendido en clase de educación física, se supone que es bueno.

Lleva las bolsas a la cocina, deja el correo sobre la mesa y mete la compra en el frigorífico, deja unas latas sobre la estantería. El ingeniero de la Sección Técnica, el moreno de ojos castaños, se sentó frente a ella cuando presentaron el Plan de Acción Cultural, su primer cometido como asesora recién contratada. Había insistido en que lo imprimieran con una portada a todo color, una inspiradora obra de un artista local.

Se queda junto a la encimera de la cocina, bebe un vaso de agua.

Salió muy bien, después varias personas se le acercaron para decirle que se alegraban de tenerla entre ellos. Que los inspiraba, que visualizaban nuevas posibilidades. El hombre de los ojos castaños le había sonreído varias veces durante la presentación, en el turno de preguntas hizo un comentario sobre que estaba muy interesado en ampliar la colaboración transversal entre los distintos departamentos.

Se aparta un mechón del rostro, se pasa la melena sobre el hombro y se la acaricia, satisfecha de llevarla larga, por fin.

Oye sus pasos por el suelo, sobre su cabeza. Los zapatos. Vibeke siempre se pone zapatos de estar por casa. Unos zapatos veraniegos con un tacón bajito. Se quita las cerillas. Frota una por la caja, no sopla, no quiere soltarla mientras esté encendida. Falda y pintalabios en el trabajo. Cuando llega a casa se cambia y se pone un chándal gris

con cremallera en el cuello. Puede que se esté cambiando. «Es tan suave por dentro, ven, tócalo». Le regaló unas zapatillas cuando se mudaron aquí. Las trajo uno de los primeros días, al volver del trabajo, envueltas en papel floreado. Se las tiró y dijo que tenía que cogerlas al vuelo. Zapatillas de lana que le llegan al tobillo, con suela de piel. Se cierran con una trabilla metálica. Si no la abrocha, las zapatillas tintinean cuando camina.

Vibeke deja el vaso de agua sobre la mesa. Mira por la ventana, está oscuro. Las farolas están encendidas, iluminan la calle que pasa entre las casas. Hacia el norte la carretera del pueblo vuelve a desembocar en la nacional. Es una especie de círculo, piensa, se puede llegar hasta el centro del pueblo, pasar por delante del ayuntamiento y las tiendas, entre las casas, salir a la carretera principal más arriba, ir hacia el sur y regresar otra vez al centro. La mayoría de las casas tienen las ventanas del salón orientadas hacia la carretera. Deberíamos organizar algo sobre arquitectura integral. La parte trasera de todas las casas da al bosque. Anota unas palabras clave en un papel: identidad, autoestima. Estética. Información.

Va al salón. Sobre el sofá hay una manta de lana gris con círculos blancos, el revés es blanco con círculos grises. La recoge y acerca la butaca al radiador, bajo la ventana. Coge un manual de la pequeña mesa redonda.

El libro tiene una cubierta plastificada, es agradable al tacto. Lo acaricia con la mano izquierda antes de abrirlo.

Lee unas líneas. Luego se queda con el libro abierto en el regazo, se reclina, cierra los ojos. Imagina rostros del trabajo, personas que han pasado por su despacho, ha quedado muy bien. Repite situaciones mentalmente, repasa sus propios gestos.

Jon está en la puerta del salón, mirándola. Intenta no parpadear. Quiere pedirle algo para su cumpleaños, mañana cumple nueve. Se dice a sí mismo que puede esperar, ahora está dormida. Un libro en el regazo. Está acostumbrado a verla así. Un libro, la intensa luz de la lámpara de pie. A menudo tiene un cigarrillo encendido, suele seguir los hilillos de humo con la mirada mientras se enreda camino del techo. Su largo cabello oscuro sobre el respaldo, un mechón asoma por el borde y oscila levemente. *Acaríciame el pelo, Jon.*

Se da la vuelta y va a la cocina, coge unas galletas del armario. Se mete una galleta entera en la boca, intenta ablandarla sin que se rompa.

Baja a su cuarto otra vez, se pone de rodillas en la cama. Coloca las galletas en fila en el alféizar de la ventana.

Contempla la nieve, piensa en todos los copos que se necesitan para hacer un montón. Intenta contar mentalmente cuántos se necesitan. Lo han aprendido hoy en el cole. Se llaman cristales de hielo. No hay dos iguales. Cuántos puede haber en una bola de nieve. O en la ventana, en una manchita de nieve.

Vibeke abre los ojos. Por los grandes ventanales del salón, ve los pilotos rojos de un coche que desaparece carretera abajo. Repasa mentalmente todas las personas a las que conoce, por si pudiera ser alguna de ellas. El ingeniero, piensa, tal vez sea él.

Se sienta y mira el reloj, va a la cocina y pone un poco de agua a hervir, pica media cebolla. Cuando el agua hierve aparta la cazuela y echa unas salchichas, abre el frigorífico y guarda la media cebolla que no ha picado. Enciende la radio. Es un programa de entrevistas, no escucha lo que dicen. El intercambio de voces tiene un eco musical. Recoge un plato sucio de la mesa. Tiene migas por el borde y restos de leche en el fondo. Todavía lleva puesta la falda corta. Es vieja, pero se le mueve con suavidad sobre el trasero y los muslos. Las medias finas

son un lujo que se permite. La mayoría de las personas se visten en función del tiempo que hace. Gruesos leotardos y, a menudo, otro par encima que se quitan en el lavabo al llegar. La vida es demasiado corta para no ir guapa, piensa. Mejor pasar frío.

Aclara el plato bajo el grifo, pasa el cepillo para desprender unas migas adheridas. Es Jon quien suele comer cuando vuelve del colegio. Galletas o cereales. Con frecuencia enciende la radio mientras come y luego se olvida de apagarla. Alguna vez, al llegar a casa después del trabajo, le han llegado voces apagadas de la cocina y ha creído que había alguien.

El programa de entrevistas se ha terminado, ponen una canción y reconoce un grupo famoso. Sabe el nombre pero ahora mismo no le viene. Siente ganas de coger un buen libro, uno muy gordo, uno de esos que resultan más intensos y reales que la vida misma.

Me lo merezco, piensa, después del esfuerzo que he hecho en el trabajo y todo.

Jon se sienta. La cama está justo al lado del radiador de la ventana. Al tumbarse puede sentir el calor en un lado del cuerpo. En el cabecero de la cama tiene un estante azul con cosas: revistas, un rollo de celo, una linterna y una pistola de agua. Pulsa un botón de la radio que reposa sobre la estantería y mueve el dial hasta dar con algo de música. Intenta diferenciar los instrumentos. Guitarras airoas, piensa, porque se lo ha oído decir a alguien. Guitarras airoas.



Se tumba sobre la cama y cierra los ojos. Piensa que cuando no piensa en nada su cabeza debe de quedarse completamente a oscuras como una habitación grande cuando la luz está apagada.

Ella recuerda de pronto el nombre del grupo. Claro, se dice. La escena de una fiesta para celebrar el final de los exámenes: otro estudiante, más joven que ella, con coleta. Habían bailado esa canción, precisamente esa. Él seguía el ritmo con las caderas pegadas a su culo de una manera que en realidad resultaba bastante vulgar.

Sonríe.

Ha sacado una bolsa de tortitas de patata de un cajón y un tenedor para pescar las salchichas. Se asoma al recibidor y llama a Jon. Saca un protector para poner la cazuela encima y lo deja sobre la mesa. Le entran ganas de encender una vela, mira en el cajón pero parece que se ha olvidado de comprar. ¿No piensa venir? Vuelve a llamarlo, baja la escalera y se acerca a su cuarto.

Sueña que juega al baloncesto con unos amigos, hace sol y calor y mete muchas canastas, está contento y corre hacia casa para contárselo a Vibeke. Sale despacio de la cocina. Empieza a hablarle, pero sonríe de una manera muy rara y se da la vuelta para bajar a su cuarto. En la escalera hay una mujer idéntica a Vibeke. Le susurra algo como si quisiera atraerlo. Cuando está a punto de inclinarse hacia ella una tercera mujer sube por la escalera. Tal vez ella sea Vibeke. Se queda muy quieto.

Se despierta porque Vibeke está en la puerta, rodeada de luz, dice que es hora de cenar.

Jon sube tras ella por la escalera, se sientan a la mesa de la cocina. Vibeke apaga la radio. Mientras comen revisa el correo. Jon ve que son folletos publicitarios de tiendas de muebles y grandes supermercados. En una de las hojas ve impreso un titular: «Feria». Pregunta qué más pone. Vibeke lee en voz alta que ha llegado una feria al campo de deportes, junto al ayuntamiento, tiene una atracción en forma de nave espacial y sillas voladoras. La feria no es para ti, Jon, dice ella. Jon pregunta si tienen juegos en 3D. Vibeke no sabe lo que es. Una nave espacial y esas cosas, dice Jon, juegos de ordenador en los que te sientas dentro de una máquina y conduces por la galaxia y tienes que superar obstáculos. Vibeke relee el folleto, no encuentra nada de eso.

La mira, ella sigue comiendo y pasando páginas, nota el chasquido de la piel tirante de la salchicha al romperse cuando muerde.

Jon se prepara otra salchicha. Se apilan en su estómago como troncos de madera en el bosque, con un poco de maña siempre cabe uno más.

*Al bosque va un sendero, olvidado y secreto.*

*Si das con él, tu cuerpo hará el resto.*

*Entre árboles, flores y setos,*

*entrarás en un viejo palacio,*

*en el palacio hay tres damas tan briosas y leves,*

*se sientan despacio.*

*Esperan al príncipe, quién sabe si alguna vez vendrá,  
mientras esperan cantan con un eco que triste te dejará.*

Ese sitio ¿cómo era?, preguntaba siempre Vibeke cuando la princesa se refugia en el interior de un palacio desconocido. Cuéntalo tú, Jon. Recuerda estar sentado en su regazo y describir grandes habitaciones vacías con las ventanas abiertas y cortinas largas y ligeras. Velas encendidas y alfombras suaves. Tú sabes cómo tienen que ser Jon, solía decirle. Me gustan tanto las habitaciones grandes y luminosas.

Mira por la ventana. En la casa del otro lado de la calle vive un viejo. No quita la nieve de toda la entrada de su casa porque no tiene coche. El viejo traza un sendero en la nieve con una pala. Para ir a la tienda utiliza un trineo que se impulsa con el pie. Requiere su tiempo, Jon lo ha visto detenerse y usar el asiento para descansar. Hace días que no lo ha visto salir de casa. Seguro que ha hecho demasiado frío. Casi no ha quitado la nieve del sendero. La señora de la tienda ha venido en la furgoneta de reparto. Ha dejado el motor encendido mientras vadeaba la nieve para llegar a la casa. Jon la ha visto entregar un par de bolsas por la puerta entreabierta y luego volver casi corriendo a la carretera.

Vibeke se observa la mano cuando la alarga para coger otra tortita de patata. Los dedos son largos, sigue los tendones del dorso de la mano con la mirada. El aire de interior seca la piel, lo único que ayuda es la crema

de toda la vida, Spenol. Y las uñas, el pelo. El frío los reseca.

El centro de la ciudad no queda lejos, pero a pesar de eso tiene la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí. Intenta recordar cuándo fue. Ya vale, Jon. Poco más de una semana. El sábado pasado. La librería, claro. Ella y Jon comieron tarta en un sitio libre de humo. Dios, vaya sitio, una pastelería como de plástico. A esta ciudad le hace falta una cafetería de diseño sofisticado, es como una casa sin un recibidor en condiciones. Ya basta, Jon. La verdad es que hace mucho que no me compro ropa, piensa. Le vendría bien un modelito nuevo, de veras que se lo merece después de todo lo que se ha esforzado con la mudanza. Intenta dejar de parpadear todo el rato, Jon, pareces un ratón. Se acuerda de una falda estrecha y lisa, de color beis, que una mujer llevaba puesta una vez en un seminario.

Jon mira una foto colgada de la pared junto a la ventana. Es una foto aérea de la comarca, enmarcada en negro. Estaba allí cuando se mudaron. La observa mientras come otra salchicha. Las casas están alineadas junto a la calle. La carretera es una línea uniforme. A pesar de que la foto es vieja y empieza a amarillear, no hay ninguna diferencia de entonces a ahora, solo que todo estaba más nuevo cuando hicieron la foto. Intenta visualizar quién vive en cada una de las casas, pero solo conoce aquellas en las que vive alguien de su clase. Si

observa la foto el tiempo suficiente saldrán de las casas y empezarán a moverse como en los dibujos animados.

A un chico de su clase le regalaron una maqueta de un caza por su cumpleaños, hace dos semanas. Jon quiere un tren. Marca Märklin. Solo necesita unas pocas piezas para empezar, lo mejor sería una vía sencilla y una locomotora.

En la mochila lleva un taco de números para la rifa del club deportivo. Cuando acabe de comer irá por las casas que ve en la foto a vender boletos.

Vibeke se pone en pie y deja los platos y los vasos en la encimera de la cocina. Jon está de rodillas en la silla, inclinado sobre la mesa, ve que intenta atrapar la última salchicha utilizando el tenedor a modo de estay. Cuenta un chiste que se ha inventado de un hombre que se tira por la ventana y nunca llega al suelo. A ella le parece que a sus chistes les falta un desenlace. Jon consigue atrapar la salchicha, la parte por la mitad y le da un trozo. Ella sonríe. Siempre se comen la última así, la comparten, sin echarle nada. Luego se queda un rato apoyado en los codos, como si esperara algo. Le cuenta que ha visto una foto de una tortura en una revista, un hombre que está colgado sin llegar a tocar el suelo con la cabeza oculta bajo una capucha. Tiene los brazos atados con cuerda a una barra, lleva tanto tiempo colgado que los brazos casi se le desprenden del cuerpo, dice Jon. No podrías marcharte ya, piensa ella. Se te podría ocurrir algo que hacer, jugar un poco.

–Está bien que te acuerdes de los que sufren –dice ella–. Si todo el mundo lo hiciera tal vez el mundo sería un poco mejor.

Alarga la mano y le acaricia el cabello.

–¿Ya has hecho algún amigo por aquí?

Tiene el pelo fino y suave.

–Jon –dice–, mi queridísimo Jon.

Repite el gesto, se mira la mano. Se ha puesto un esmalte de uñas beis claro con un toque de rosa, le gusta ir discreta al trabajo. Se acuerda del estuche nuevo que todavía debe estar en el bolso, color ciruela, ¿o era vino?; un color de labios oscuro, sensual, y el esmalte en el mismo tono. Una combinación que hace juego con un hombre moreno de ojos castaños, piensa de repente esbozando una sonrisa.

Jon coge la mochila del recibidor. Saca el taco de papeletas del pequeño bolsillo delantero donde suele llevar el sándwich. Se pone un par de calcetines extra antes de atarse las botas grises. Se pone la chaqueta y la bufanda azul. El gorro. Se mira en el espejo. Intenta evitarlo pero no lo consigue: revisa los bolsillos del abrigo azul de Vibeke. Entre unos recibos y un viejo billete de autobús encuentra unas monedas. Grita hacia el interior del recibidor que se va.

Abre la puerta y se queda un momento en el umbral. Cuando inspira, siente en la nariz el frío que hace.

Jon pasa junto al coche de Vibeke. Se para y aprieta el talonario de lotería entre las rodillas, reúne nieve sobre el maletero del coche y la compacta. No se convierte en una bola, la nieve es polvo. La sopla para quitarla de las manoplas, que golpea entre sí. Producen estallidos, altos y agudos. Los ruidos son muy livianos cuando hace frío. Todo se vuelve ligero. Como si él mismo fuera una burbuja llena de aire que en cualquier momento pudiera elevarse y desaparecer en el espacio.

Lleva el talonario en la mano y cruza la calle, sube por el pequeño sendero limpio de nieve. Cruje bajo sus zapatos. El viejo tiene un tejadillo sobre la puerta de la entrada, debajo hay leña apilada. El viento ha hecho que la nieve se acumule entre los leños. La luz de fuera no está encendida. Jon da con el timbre a oscuras. Lo pulsa,